

de contener la insubordinación de las tropas é impedir vejaciones inútiles. Resultaba de este conflicto de las autoridades un caos de acusaciones y un desorden espantoso en el mando. Birón no podía hacerse obedecer, y no se atrevía á poner en marcha su ejército por temor de que se desbandara al primer movimiento, ó saquease todo á su paso. Tal es el cuadro exacto de las fuerzas que la república tenía en aquella época en la Vendée.

Birón se dirigió á Tours y concertó con los representantes un plan eventual que consistía en llevar cuatro columnas de diez mil hombres cada una desde la circunferencia al centro, tan pronto como se hubiera reorganizado un poco aquella confusa multitud. Los cuatro puntos de partida serían los Puentes-de-Cé, Saumur, Chinón y Niort; y en el interin fué á recorrer la baja Vendée, donde suponía que el riesgo era mayor que en ninguna otra parte. Birón temía con razón que se entablasen relaciones entre los vendeanos y los ingleses, pudiendo agravar el mal y hacer interminable la guerra las municiones y tropas que desembarcasen en el Marais. Habíase destinado una escuadrilla de diez velas, y se sabía que los emigrados bretones tenían orden de pasar á las islas de Jersey y Guernesey. Todo, pues, justificaba los temores de Birón y su revista en la baja Vendée.

Entretanto los vendeanos, reunidos en 1.º de junio, habían establecido cierta regularidad entre sí, nombrando un consejo para gobernar el país ocupado por sus ejércitos. Un aventurero, que se hacía pasar por obispo de Agra y enviado del Papa, era quien presidía este consejo, y al bendecir las banderas y celebrar solemnes misas, excitaba el entusiasmo de los vendeanos, sléndoles así muy útil su impostura. Aun no habían elegido un generalísimo; pero cada jefe mandaba los campesinos de su distrito, y habíase acordado que se concertarían entre sí en todas sus operaciones. Estos jefes habían redactado una proclama en nombre de Luis XVII y del conde de Provenza, regente del reino en la minoría del joven príncipe, y titulábanse *comandantes de los ejércitos reales y católicos*. Proyectaron ocupar desde luego la línea del Loira y avanzar sobre Doué y Saumur, empresa atrevida, aunque fácil en aquel estado de cosas. El 7 penetraron en Doué, llegando el 9 á la vista de Saumur; y apenas fué conocida su marcha, el general Salomón, que se hallaba en Thouars con tres mil hombres de buenas tropas, recibió orden de picarles la retaguardia. Salomón obedeció, pero encontrólos con demasiada fuerza, y no pudiendo atacar sin exponerse á ser destrozado, volvió á Thouars, pasando después á Niort. Las tropas de Saumur habían tomado posición en los alrededores de la ciudad, en el camino de Fontevault, en los atrincheramientos de Nantilly y en las alturas de Bournán. Los vendeanos se acercan, atacan á la columna de Berthier, son rechazados por una artillería bien dirigida; pero vuelven en mayor número, y obligan á dicho jefe á replegarse, dejándole herido. Los gendarmes de á pie, dos batallones de Orleans y los coraceros resisten aún; pero estos últimos pierden su coronel; entonces comienza la derrota, y todos vuelven á la plaza, donde penetran los vendeanos en su seguimiento. Sólo quedaba fuera el general Coustard, que mandaba los batallones apostados en las altu-

ras de Bournán; este jefe, viéndose separado de las tropas republicanas, que acababan de ser rechazadas hasta Saumur, forma la atrevida resolución de entrar en la plaza para sorprender á los vendeanos por retaguardia. Era preciso atravesar un puente donde los vencedores acababan de situar una batería: el bravo Coustard manda á un escuadrón de coraceros que tenía á sus órdenes que cargue contra la batería. «¿Dónde nos enviáis?, preguntan los soldados.—¡A la muerte!, contesta Coustard; la salvación de la república lo exige.» Los coraceros se lanzan, pero desbándanse los batallones de Orleans; abandonando al general y á los coraceros que atacan la batería. La cobardía de los unos esteriliza el heroísmo de los otros, y no pudiendo Coustard entrar en Saumur, retírase á Angers.

Saumur fué ocupado el 8 de julio, y al día siguiente se rindió el castillo: los vendeanos, dueños del curso del Loira, podían marchar sobre Nantes, ó sobre la Flecha, el Mans y París. El terror les precedía, y todo debía ceder ante ellos. Entretanto hallábase Birón en la baja Vendée, donde ocupándose de las costas creía evitar peligros más verdaderos y graves.

Todos nos amenazaban, pues los aliados que sitiaban á Valenciennes, Condé y Maguncia, estaban en vísperas de tomar estas plazas, baluartes de nuestras fronteras. Los Vosgos inquietos y el Jura sublevado daban paso franco á la invasión por la parte del Rhin. El ejército de Italia, rechazado por los piemonteses, tenía á sus espaldas los rebeldes del Mediodía y la escuadra inglesa. Los españoles, delante de Perpiñán, amenazaban apoderarse de él en un ataque, á la vista del campamento francés, y hacerse dueños del Rosellón. Los sublevados del Lozere estaban dispuestos á dar la mano á los vendeanos á lo largo del Loira, y éste era el proyecto del autor de la sublevación. Los vendeanos, dueños de Saumur y de la corriente del Loira, no necesitaban sino querer para llevar á cabo las más audaces tentativas en el interior, pues poseían todos los medios de ejecución; y los federales, por último, marchando desde Caén, Burdeos y Marsella, disponíanse á sublevar la Francia á su paso.

Nuestra situación era tanto más desesperada en el mes de julio de 1793, cuanto que en todos los puntos se podía descargar un golpe mortal contra Francia. Los coligados del Norte, despreciando las plazas fuertes, no tenían más que dirigirse á París y hubieran rechazado la Convención hasta el Loira, donde la habrían recibido los vendeanos. Los austriacos y los piemonteses podían efectuar una invasión por los Alpes marítimos, aniquilar nuestro ejército, y recorrer todo el Mediodía como vencedores. Los españoles se hallaban en disposición de avanzar por Bayona y de ir á reunirse con los vendeanos, ó bien, si preferían el Rosellón, avanzar atrevidamente hacia Lozere, poco distante de la frontera, é incendiar el Mediodía. Los ingleses, por último, en vez de cruzar por el Mediterráneo, tenían medios de desembarcar sus tropas en la Vendée y conducir las desde Saumur á París.

Pero los enemigos exteriores é interiores de la Convención no tenían lo que asegura la victoria en una guerra revolucionaria. Los aliados obraban sin concierto, y bajo el pretexto de una guerra santa encubrían las miras más personales. Los austriacos querían Valen-

ciennes; el rey de Prusia, Maguncia; los ingleses, Dunkerque: los piemonteses intentaban recobrar Chambery y Niza; los españoles, los menos interesados de todos, tenían, sin embargo, alguna esperanza respecto al Rosellón; y, por fin, los ingleses pensaban más bien en ocupar con sus escuadras el Mediterráneo, ganando en él algún puerto, que en favorecer con útiles socorros á la Vendée. Además de este egoísmo general, que impedía á los aliados extender sus miras más allá de lo que les sugería su inmediato provecho, todos eran sistemáticos y tímidos en la guerra, defendiendo con la antigua rutina militar las antiguas políticas en cuyo favor se habían armado; y respecto á los vendeanos, sublevados como hombres sencillos contra el genio de la revolución, peleaban como tiradores valientes, pero escasos de táctica. Los confederados esparcidos por la superficie de la Francia, como tenían que comunicarse á largas distancias para combinar sus operaciones, y se proclamaban tímidamente contra la autoridad central sin más estímulo que la frialdad de sus pasiones, tenían que obrar con lentitud é incertidumbre. Por otra parte, se acusaban en secreto de que comprometían á su patria, distrayéndola criminalmente, y empezaban á conocer que cuando toda Europa blandía su espada contra nosotros, era culpable el que se ponía á discurrir si había de ser revolucionario como Petión y Vergniaud ó como Robespierre y Danton, deduciendo por fin que en semejantes circunstancias sólo había un buen medio de serlo, es decir, el más enérgico. En efecto, ya diferentes facciones que se levantaban á su alrededor les iban advirtiendo su falta, pues no eran sólo los constituyentes, sino los agentes de la antigua corte, los secuaces del antiguo clero y, en una palabra, todos los amantes del poder absoluto los que se levantaban á un mismo tiempo, siendo evidente para ellos que todo el que se oponía á la revolución favorecía á los enemigos de la libertad y del patriotismo.

Tales eran las causas que hacían á los aliados tan ineptos y tímidos, tan débiles á los vendeanos, á los confederados tan indecisos, y que debían prometer el triunfo de la Convención contra las divisiones domésticas y contra la Europa entera. Los montañeses, únicamente llevados de una pasión fuerte y de un pensamiento único, la salvación de la patria, sintiendo la exaltación de ánimo que inspira los medios más nuevos y atrevidos, no juzgándolos nunca ni arriesgados ni costosos, con tal que sean saludables, debían desbaratar con una defensa imprevista y sublime á unos enemigos torpes, vulgares y desavenidos, y sofocar unas facciones que querían el antiguo régimen y la revolución en todos sus grados, pero sin tener ni armonía, ni determinado objeto.

En medio de las críticas circunstancias en que la Convención se hallaba, no tuvo un solo instante de sobresalto: mientras las plazas fuertes ó los campamentos atrincherados detenían por un momento á los enemigos en las diferentes fronteras, la junta de salvación pública trabajaba día y noche en organizar los ejércitos, en completarlos con el alistamiento de trescientos mil hombres, en enviar instrucciones á los generales, y en remitir fondos y municiones, capitulando con todas las administraciones locales que en provecho de los confederados querían retener las provisiones destinadas á los

ejércitos y logrando hacerles desistir con la poderosa consideración de la salvación de la patria.

Mientras que la junta empleaba estos medios con respecto al enemigo exterior, la Convención no obraba con menos eficacia respecto á los interiores. El mejor recurso contra un enemigo que duda de su derecho y fuerzas es no dudar de las propias, y así se condujo la Convención. Ya hemos visto los enérgicos decretos que dió al primer asomo de revolución: mas como no hubiesen querido ceder muchas ciudades, ni remotamente se le ocurrió la idea de transigir con ellas, puesto que sus actos llevaban todo el sello de la rebelión. Los lionenses se habían negado á obedecer y á enviar á París á los patriotas presos; y ella ordenó á sus comisionados en el ejército de los Alpes que usasen de la fuerza, sin temer las dificultades ni los peligros que corrían estos comisionados en Grenoble, con los piemonteses á la vista y los sublevados del Isere y del Ródano á la espalda. Mandóles además que hiciesen entrar á Marsella en su deber, y sólo concedió tres días á todas las administraciones para retractarse de sus acuerdos equívocos, enviando finalmente á Vernón algunos gendarmes y unos cuantos miles de ciudadanos de París, para que sometiesen inmediatamente á los rebeldes de Calvados, que eran los más inmediatos á la capital.

No se echó en olvido tampoco el gran recurso de la Constitución, para cuya obra bastaron ocho días, pues era más bien un medio de fusión que un verdadero plan legislativo. Su redactor había sido Hérault Sechelles, y, según este proyecto, todo francés de edad de veintitún años era ciudadano y podía ejercer sus derechos políticos sin ninguna condición de fortuna ó propiedad. Los ciudadanos reunidos nombrarían un diputado por cada cincuenta mil almas. Los diputados que componían una sola Asamblea no podían permanecer en ella más de un año. Daban decretos por todo lo que tenía relación con las necesidades urgentes del Estado, decretos que eran ejecutivos sin tardanza. Dictaban leyes para todo lo que tenía relación con el interés general y menos urgente, y estas leyes no se sancionaban hasta que, expirado un término dado, no reclamasen contra ellas las asambleas primarias. Estas se formaban de derecho y sin convocación, para renovar los diputados, el primer día de mayo, y podían pedir Convenciones para modificar el acta constitucional. El poder ejecutivo se hallaba en veinticuatro individuos nombrados por los electores, que era la única elección inmediata. Las asambleas primarias nombraban los electores, éstos los candidatos, y el Cuerpo Legislativo reducía por eliminación los candidatos á veinticuatro. Estos veinticuatro individuos del consejo elegían los generales, los ministros, los agentes de todas clases, tomándolos fuera de su seno, debiendo dirigirlos, vigilarlos y ser continuamente responsables de ellos. El consejo ejecutivo se renovaba por mitad todos los años; y finalmente, esta Constitución tan breve, tan democrática, en que el gobierno quedaba reducido á una mera comisión temporal, respetaba, sin embargo, un resto del antiguo régimen, los Ayuntamientos, cuyas atribuciones y facultades no variaban. La energía de que habían dado pruebas fué la causa de que los conservasen en aquella tabla rasa en que no quedaba el menor vestigio de lo pasado. Esta Constitución se adoptó casi sin discusión en ocho días,

como que se había presentado el proyecto el día 10 de junio y ya se había decretado el 24, y en el momento de haberse votado su totalidad resonaron salvas en París, y por todas partes se oyeron gritos de regocijo. Imprimieronse muchos miles de ejemplares para remitirlos á toda la Francia; y sólo algunos de los alborotadores que habían preparado el 31 de mayo la hicieron una leve oposición.

Ya nos acordaremos del joven Varlet, que peroraba en las plazas públicas, del joven lionés Leclerc, que pronunciaba en los jacobinos discursos tan violentos, sospechosos para el mismo Marat, y de aquel Santiago Roux, tan cruel con el desgraciado Luis XVI, cuando éste quiso entregarle su testamento. Todos estos hombres se habían señalado en la última insurrección, y tenían gran influencia en el comité del obispado y entre los franciscanos. Habiéndoles parecido malo que la Constitución no contuviese nada contra los agiotistas, redactaron una petición, hicieronla firmar en las calles y corrieron á los franciscanos diciendo que la Constitución era incompleta, puesto que no encerraba ninguna disposición contra los mayores enemigos del pueblo. Legendre trató en vano de resistir á este movimiento; tachósele de moderado, y la petición, admitida por la sociedad, fué presentada á la Convención. Al tener noticia de esto, indignóse toda la Montaña; Robespierre y Collot d'Herbois se irritaron, hicieron que se rechazase la petición y fuéronse á los jacobinos para demostrar el peligro de estas pérdidas exageraciones, que en su concepto tendían á extraviar al pueblo y sólo podían ser obra de hombres pagados por los enemigos de la república. «La Constitución más popular que jamás se ha conocido, dijo Robespierre, es la que acaba de presentar una Asamblea en otro tiempo contrarrevolucionaria, pero purgada ahora de los hombres que entorpecían su marcha, oponiendo un obstáculo á sus trabajos. Purificada hoy, esta Asamblea ha producido la obra más hermosa, la más popular que jamás se haya dado á los hombres; pero un individuo encubierto con el manto del patriotismo, que se precia de amar al pueblo más que nosotros, amotina á los ciudadanos de todas clases y quiere probar que una Constitución que hermanará toda la Francia no les conviene. ¡Desconfiad de tales manejos; desconfiad de esos ex-clérigos coligados con los austriacos! Entreveo un nuevo crimen en el porvenir, que acaso no esté lejos de efectuarse; pero ya le descubriremos, y aniquilaremos á los enemigos del pueblo bajo cualquier forma que se presenten.» Collot d'Herbois habló tan vivamente como Robespierre, sosteniendo que los enemigos de la república querían poder decir á los departamentos: «¡Ya lo veis, París aprueba el lenguaje de Santiago Roux!»

Unánimes aclamaciones acogieron las palabras de ambos oradores. Los jacobinos, que se picaban de unir á la política la pasión revolucionaria, la prudencia á la energía, enviaron una diputación á los franciscanos, debiendo encargarse de la palabra Collot d'Herbois. Fué recibido con la consideración debida á uno de los individuos más notables de los jacobinos y de la Montaña, y se manifestó un respeto profundo á la sociedad que le enviaba. Retiróse la petición; Santiago Roux y Leclerc fueron excluidos; Varlet no obtuvo perdón sino por su corta edad, y Legendre recibió excusas por las

palabras poco convenientes que le habían dirigido en la sesión anterior. Desagraviada así la Constitución, se envió á toda Francia para que la sancionasen todas las asambleas primarias.

Así, pues, la Convención presentaba á los departamentos con una mano la Constitución y con la otra el decreto que sólo les daba tres días para decidirse. La Constitución justificaba á la Montaña de todo proyecto usurpador, facilitaba el pretexto de unirse á una autoridad justificada, y el plazo de tres días no dejaba tiempo para vacilar, obligando á preferir la obediencia.

Efectivamente, muchos departamentos cedieron, persistiendo otros en sus primeras medidas; pero éstos, cambiando peticiones y enviándose diputaciones, parecían esperarse unos á otros para obrar. Las distancias no permitían corresponderse rápidamente y formar un conjunto; y por otra parte la falta de genio revolucionario impedía encontrar los recursos indispensables para obtener el éxito. Por buena que sea la voluntad de las masas, no siempre están dispuestas á todos los sacrificios, si no las obligan hombres apasionados. Hacían falta medios violentos para sublevar á los ciudadanos moderados de las ciudades, obligarles á marchar, á contribuir y á ser activos; pero los girondinos, que condenaban todos estos medios en los montañeses, no podían emplearlos para sí. Los negociantes bordeleses creían haber hecho mucho cuando habían hablado con un poco de viveza en las secciones, pero nunca salieron de sus muros. Los marseleses, algo más altivos, habían enviado seis mil hombres á Aviñón; pero no formaban por sí mismos este pequeño ejército, substituyéndose con soldados pagados. Los lioneses esperaban la unión de los provençales con los hijos del Langüedoc; los normandos parecían haberse enfriado un poco, y únicamente los bretones, sin desmentirse nunca, habían formado por sí mismos los cuadros de los batallones.

Agitábanse mucho en Caén, centro principal de la insurrección: las columnas salidas de ese punto eran las que debían encontrarse antes con las tropas de la Convención, y este primer encuentro no podía menos de tener gran importancia. Los diputados proscritos, que agrupados alrededor de Wimpffen se quejaban de su lentitud, creían entrever en él un realista, y acosado Wimpffen por todas partes, ordenó al fin á Puisaye que condujera el 13 de julio su vanguardia á Vernón, anunciando que iba á marchar él mismo con todas sus fuerzas. El 13, en efecto, Puisaye avanzó sobre Pacy, encontrando á su paso á los quintos de París, acompañados de algunos centenares de gendarmes; cambiáronse algunos tiros en el bosque, y al día siguiente, 14, los confederados ocuparon á Pacy, teniendo al parecer alguna ventaja; pero al día siguiente presentáronse las tropas de la Convención con artillería, y á la primera descarga difundióse el terror en las filas de los confederados, que se dispersaron y huyeron en desorden á Evreux. Los bretones, más valerosos, retiráronse con menos confusión, pero fueron arrastrados en el movimiento retrógrado de los otros. Al recibirse esta noticia, difundióse la consternación en Calvados, y todas las autoridades comenzaron á arrepentirse de sus imprudentes medidas. Cuando se supo esta derrota en Caén, Wimpffen reunió á los diputados, propúsoles atrincherarse en la ciudad y oponer una tenaz resistencia. El

general, explicándose más claramente después, díjoles que no veía sino un medio de sostener la lucha, que consistía en buscar un aliado poderoso, y que si lo deseaban, les proporcionaría uno; dejáales entrever que se trataba del gabinete inglés, y añadió que creía la república imposible, considerando no sería una desgracia el restablecimiento de una monarquía. Los girondinos rechazaron enérgicamente todo ofrecimiento de este género, manifestando la más franca indignación; y algunos comenzaron á comprender la imprudencia de su tentativa, así como el peligro que ofrecía un estandarte cualquiera, puesto que todas las facciones se agrupaban para derribar la república. No perdieron sin embargo toda esperanza y pensaron retirarse á Burdeos, donde algunos creían poder efectuar un movimiento sinceramente republicano, más feliz que el de Calvados y de Bretaña. Marcharon, pues, con los batallones bretones que volvían á su país, proyectando ir á embarcarse en Brest, para lo cual vistieron el uniforme militar, confundiendo después en las filas del batallón de Finisterre. Necesitaban ocultarse después del descalabro de Vernón, porque todas las autoridades, ansiosas por someterse y dar pruebas de celo á la Convención, hubieran podido detenerlos. Recorrieron así una parte de la Normandía y de la Bretaña, en medio de continuos peligros y de espantosos sufrimientos, y fueron á ocultarse en los alrededores de Brest, para dirigirse después á Burdeos. Barbaroux, Petión, Salles, Louvet, Meilhán, Guadet, Keruelegán, Gorsas, Girey-Dupré, colaborador de Brissot, Marchena, joven español que había ido á buscar la libertad en Francia, y Riouffe, otro joven que abrazó por entusiasmo la causa de los girondinos, formaban aquel grupo de ilustres fugitivos, perseguidos como traidores á la patria, aunque todos estaban dispuestos á dar su vida por ella, creyendo aún servirla cuando estaban comprometiendo por la más peligrosa división.

En Bretaña, en los departamentos del Oeste y del valle superior del Loira, las autoridades se apresuraron á retractarse, para evitar que se las dejara fuera de la ley. La Constitución, distribuída en todas partes, era el pretexto de una sumisión universal. Decíase que la Convención no se proponía eternizarse ni hacerse dueña del poder, puesto que daba una Constitución; que ésta debía terminar bien pronto el reinado de las facciones, y parecía contener el gobierno más sencillo que jamás se hubiese visto. Entretanto, las municipalidades montañesas y los clubs jacobinos redoblaban su energía, y los honrados partidarios de la Gironda cedían ante una revolución que no tenían suficiente fuerza para combatir ni hubieran tenido bastante para defender. Desde este momento Tolosa trató de justificarse; y los bordeleses, más pronunciados, no se sometieron formalmente, pero mandaron á su vanguardia retirarse y dejaron de anunciar su marcha contra París. Otros dos acontecimientos importantes vinieron á terminar los peligros de la Convención en el Oeste y el Mediodía, y fueron la defensa de Nantes y la dispersión de los rebeldes del Lozere.

Hemos visto á los vendeanos en Saumur, dueños del curso del Loira y en situación de hacer contra París una tentativa que acaso hubiera tenido buen éxito, si hubiesen apreciado su posición, pues la Flecha y el

Mans no podían oponer ninguna resistencia. El joven Bonchamp, único que extendía sus miras más allá de la Vendée, hubiera querido que se hiciese una incursión en Bretaña, para tener un puerto en el Océano, y marchar después contra París; pero no había suficiente genio entre sus compañeros de armas para que se le comprendiese. La verdadera capital contra la cual se debía marchar, según ellos, era Nantes: ni su ingenio ni sus deseos se extendían más allá. Había, sin embargo, varias razones para proceder así, pues Nantes facilitaba las comunicaciones con el mar, asegurando la posesión de todo el país, y nada impedía á los vendeanos, después de la toma de esta ciudad, acometer em-



De Bonchamp

presas más atrevidas. Por otra parte, no sacaban á los soldados de sus casas, consideración importante tratándose de campesinos que no querían perder jamás de vista su campanario. Charette, dueño de la baja Vendée, después de haber hecho un falso ataque contra Arenas, habíase apoderado de Machecoul y hallábase á las puertas de Nantes. Jamás se había concertado con los jefes de la alta Vendée, pero esta vez ofrecía entenderse con ellos; prometió atacar á Nantes por la orilla izquierda, mientras que el gran ejército lo haría por la derecha, y parecía difícil no obtener buen resultado con tal concurso de medios.

Los vendeanos evacuaron, pues, á Saumur, bajando hacia Angers, y dispusieron á marchar desde este punto á Nantes, corriéndose á lo largo de la orilla derecha del Loira. Su ejército había disminuído bastante, porque muchos de los campesinos no querían aventurarse en una expedición tan larga; pero constaba todavía de unos treinta mil hombres. Nombraron generalísimo al carretero Cathelineau, á fin de lisonjear á los campesinos y atraerlos mejor. Mr. de Lescure, que estaba herido, hubo de permanecer en el interior del país á fin de reunir más reclutas para tener en jaque á las tropas de Niort, impidiendo que se entorpeciese el sitio de Nantes.